

verdad se trata de un catálogo casi exhaustivo— de algunos fondos documentales que son de utilidad para ampliar el estudio de los temas tratados en las *Memorias*, y unas adiciones —más de mil cuatrocientos títulos— a la bibliografía de la que se sirvió el autor. Finalmente, los índices —cronológico de documentos, de los apéndices y el alfabético— de C. Batlle y Gallart prestan una gran utilidad a la obra.

Justo es destacar la labor realizada por los editores. El cotejo y la identificación de los documentos, la revisión del texto y de la bibliografía, añadida y completada en el sentido indicado, han supuesto dificultades serias, que han podido ser vencidas gracias a la competencia y al cariño que ambos han puesto en el trabajo. La reedición puede considerarse un acierto, atendido el valor de la obra, imprescindible para quienes cultivan la historia de la economía y de las instituciones mercantiles. Por ello, preciso es alentar los esfuerzos, dignos de alabanza y gratitud, que ha realizado la Cámara Oficial de Comercio y Navegación de Barcelona, al patrocinar la reedición de la obra. Su actuación constituye un ejemplo digno de imitar y que los investigadores debemos agradecer.

JOSÉ MARTÍNEZ GIJÓN
Universidad de Sevilla

CUENCA, José Manuel: *D. Pedro de Inguanzo y Rivero (1764-1836)*, último Primado del Antiguo Régimen, Colección histórica de la Universidad de Navarra, Pamplona 1965, XXI + 331 págs.

El paso del antiguo Régimen a la época liberal, a través de la invasión napoleónica, las Cortes de Cádiz, el reinado de Fernando VII y el pleito sucesorio, es una de las etapas más agitadas e interesantes de la Historia de España. La bibliografía sobre este período es por fortuna cada vez más abundante. De los once títulos que —incluido el que ahora nos ocupa— cuenta hasta hoy la Colección histórica de la Universidad de Navarra, más de la mitad son estudios sobre diversos acontecimientos de aquellos años. José Manuel Cuenca viene pues a insertar el suyo en una serie de trabajos, en torno al reinado de Deseado, en la que han colaborado ya historiadores tan notables como Federico Suárez, José Luis Comellas, María del Carmen Pintos, etc.

El autor ha escogido para su investigación un tema hábil: la biografía del Cardenal Inguanzo se presta como pocas a trazar en su torno la historia de los principales acontecimientos de la vida religiosa y política de la España de su tiempo. Ministro de Gracia y Justicia en la Junta del Principado de Asturias en la Guerra de la Independencia, Diputado en Cádiz, Obispo de Zamora durante el Trienio, Arzobispo Primado de Toledo y Consejero de Estado en la Década absolutista, Cabeza de la Igle-

sia española al subir al trono Isabel II y plantearse el problema carlista, pocas personas habrán estado presentes en aquellos años, desempeñando un primer papel, en tantos hechos claves de nuestra Historia, y habrán tenido que pronunciarse de palabra y por escrito sobre cuestiones tan trascendentales. Inguanzo fue uno de los últimos representantes de un régimen político y de un sistema ideológico que de hecho desaparecieron con él. El análisis de sus esfuerzos por poner un dique al liberalismo que poco a poco se enseñoreaba de todas las manifestaciones de la vida nacional, es el objeto central del libro de José Manuel Cuenca. El interés del mismo se acrecienta por el hecho de que el aspecto religioso y eclesiástico de la Historia de España es uno de los que adolecen de una más grave falta de estudios e investigaciones verdaderamente serios, que pudieran compararse con el nivel alcanzado por la historiografía de otros países europeos en tales materias. Precisamente Cuenca ha venido desde hace algún tiempo ocupándose de temas de interés para la historia eclesiástica de España, y ello le presta especial autoridad y capacidad para emprender tareas de mayor envergadura, tal como lo es el presente volumen.

Redactado el libro —como corresponde a una biografía— siguiendo un orden cronológico, el autor ofrece una división en nueve capítulos, en los que contempla sucesivamente el origen y formación, el período de la canonja de Inguanzo en Oviedo, su actuación como Diputado en Cádiz su actividad como escritor, su nombramiento para la sede de Zamora, su labor pastoral en la misma y su actitud durante el Trienio constitucional, su traslado a Toledo, su actividad pública durante la Década, y su posición ante Isabel II hasta su muerte en 1836. En esta visión general de la vida de Inguanzo, Cuenca toma ocasión de la acción religiosa, intelectual y política de su biografiado para ponernos en relación con los temas fundamentales entonces agitados en la nación, sobre todo en el aspecto eclesiástico: los debates gaditanos sobre la soberanía nacional, la representación cameral, las nuevas libertades, la inquisición...; los escritos de Inguanzo acerca de los bienes temporales de la Iglesia y el nombramiento y confirmación de los obispos; el papel de la Iglesia en la crisis del Antiguo Régimen y en el origen del liberalismo en España; las desamortizaciones; el enfrentamiento entre la Jerarquía y los Gobiernos que se sucedieron en el poder bajo Fernando VII, a lo largo de las tres principales etapas de su reinado, etc. Cuenca hace en todas estas materias uso de su notable erudición histórica, de su excelente conocimiento de los hechos y personas, de un atinado criterio al enjuiciar personajes y posiciones. Ha consultado una abundante bibliografía y ha recurrido a la búsqueda de material procedente de archivos, enriqueciendo así en gran medida su trabajo. No se limita a esto: en muchos casos informa también de los resultados de su investigación cuando éstos han sido infructuosos: qué archivos se han perdido, qué materias no pueden ya encontrarse, etc., lo cual facilita mucho la tarea de futuros investigadores.

La biografía de Inguanzo redactada por Cuenca no es, además, en ningún momento ditirámica. El cardenal ha sido presentado con sus virtudes y sus defectos, y se ha analizado la influencia de unas y otros en sus diversas actuaciones como jerarca de la Iglesia y participante activo en la vida pública del país y como escritor y pensador.

Es lástima que varias erratas e inexactitudes, que una más cuidada comprobación de ciertos datos al elaborar y corregir el trabajo —quizá redactado un poco aprisa en su composición definitiva— hubiera fácilmente podido evitar, desmerezcan algo del tono general de la obra y de su fluido estilo literario, que hace muy fácil su lectura.

ALBERTO DE LA HERA

DEFOURNEAUX, Marcelin: *Pablo de Olavide ou l'afrancesado* (1725-1803), P. U. F., 1959.

Hay políticos de larga y activa vida pública, cuyas biografías pueden ser síntesis simbólicas y dinámicas de su tiempo. Olavide vivió setenta y ocho años. Fue Oidor de la Audiencia de Lima (donde había nacido), director-fundador del Real Hospicio de San Fernando en Madrid, «personero del común» en la capital de los Borbones y Asistente en Sevilla, Intendente de Andalucía, colonizador de Sierra Morena, y, finalmente, sujeto pasivo del último gran proceso de la Inquisición. Si a eso se añade que escribió un Plan de reforma universitaria y un «Informe sobre la ley agraria», creo que no es exagerado consierarlo como uno de los hombres que en su vida, a escala individual encierran la historia político-constitucional del siglo XVIII español.

Hay libros de biografía cuyo autor se muestra preocupado, sobre todo por situar al hombre dentro de su obra y de su tiempo. Así lo ha hecho Defourneaux. A veces la figura de Olavide se desdibuja, quizá, como en su última etapa en Francia, porque la documentación manejable es incompleta y discontinua. En otros momentos la formidable y ordenada erudición de Defourneaux no puede descifrar ciertos misterios psicológicos del peruano, por falta de fuentes; así su evolución íntima durante el proceso inquisitorial y tras éste. Pese a todo, al final del libro la personalidad de Olavide ha quedado reconstruida a través del análisis de sus obras. Es su realización, el producto de su vida la que nos cuenta magistralmente Defourneaux.

Para él Olavide es «el afrancesado», el ejemplo del hombre ilustrado por influencia o asimilación de la cultura francesa del XVIII. ¿Hubiera sido más acertado llamarlo «el reformista»? Creo que sí. El término «afrancesado» acabó por ser dirigido preferentemente a los «afrancesados políticos», esto es, a los ilustrados (o afrancesados culturalmente)